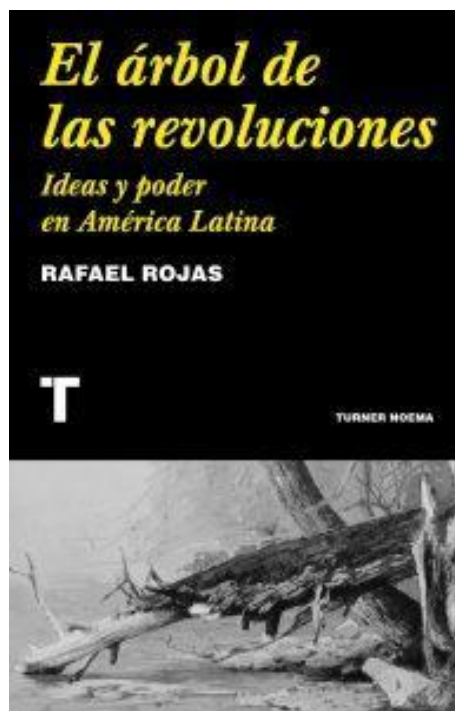


**Un continente en permanente estado de revolución.  
América en el siglo XX**

Rodolfo Alberto Rodríguez<sup>1</sup>  
Universidad Nacional de Mar del Plata



Rafael Rojas. *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*. Madrid, Turner Publicaciones, 2021, 302 páginas.

*El árbol de las revoluciones* (Turner, 2021) es el último libro del historiador y ensayista cubano radicado en México Rafael Rojas<sup>2</sup>. Se trata de una historia intelectual de diez revoluciones en América Latina durante el siglo XX: la mexicana (1910-1940), la nicaragüense de la década de 1920, las cubanas de la década de 1930 y de 1959, la brasileña de Vargas, la argentina de Perón, la de Guatemala (1944-1954), la de Bolivia (1952), la de Chile (1970-1973) y la sandinista (1979). El recorrido histórico por una

---

<sup>1</sup> Profesor en Historia. Miembro del Grupo Cultura y Política en Argentina. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata.  
Contacto: rodolfoarodriguez61@gmail.com

<sup>2</sup> Rafael Rojas estudió Filosofía en la Universidad de La Habana y luego se doctoró en Historia por el Colegio de México. Ha sido académico visitante en las universidades norteamericanas de Princeton, Columbia y Austin. Desde 2019 es miembro de la Academia Mexicana de la Historia. Ha escrito más de una veintena de libros sobre historia intelectual y política de Cuba, México y América Latina; entre sus obras destacan *Tumbas sin sosiego*; *Las Repúblicas de aire*; *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*; *La vanguardia peregrina. El escritor cubano, la tradición y el exilio*, y *La polis literaria*.

diversidad de fuentes producidas, tanto por los movimientos como por algunos de sus protagonistas, da cuenta de las ideas propulsoras de estas revoluciones y de las disputas sobre las direcciones posibles impulsadas por ellas. Discusiones en las que vemos pugnar nacionalismos, populismos, socialismos prosoviéticos y democráticos, republicanismos, y que permiten ver, más allá de cada proceso particular, la manera en que moldearon las luchas políticas del pasado siglo en el continente sin dejar de ubicarlas en las diversas disputas geopolíticas.

El libro parte de la idea de que las revoluciones latinoamericanas a partir de la mexicana de 1910 (siguiendo la definición que sobre él mismo plantea Eric Hobsbawm (2010) vienen de una radicalización del republicanismo de fines del siglo XIX, en coincidencia con el relanzamiento de la hegemonía de Estados Unidos, después de la guerra de 1898.

El ensayo se apoya en la disputa que alrededor del concepto de Revolución se ha dado en variados ámbitos, hasta convertirlo en un término utilizado excesivamente, y recuerda que a muchos golpes de Estado o de movimientos conservadores o de derechas se los llamó “revolución”, como sucedió con el dictador Fulgencio Batista con su golpe militar en La Habana en 1952.

Merece prestar atención al debate que aborda Rojas en esta obra: ¿qué hemos entendido, y qué entendemos, en este hemisferio por “revolución” ?; ¿qué suerte ha corrido, en la realidad de la política, de los procesos históricos, y correlativamente en la realidad simbólica de los excursos ideológicos, o bien de la historiografía, y otras formas de representación intelectual, ese fantasma que recorre Latinoamérica desde hace dos siglos o más: “la Revolución”? son algunas de las cuestiones que se desarrollan al correr de las páginas.

Cuando se refiere a las múltiples apropiaciones del término de revolución, para significar fenómenos como golpes de Estado, rebeliones o revueltas, da cuenta de la fascinación que ejerció el concepto en la mayor parte del siglo XX latinoamericano, en todo el espectro ideológico o político. Entiende que una revolución se produce cuando se altera o trastoca la estructura social de un país, en relativamente poco tiempo, y se refunda la nación y se reconstituye el Estado. Remarca que eso sucedió en México entre 1917 y 1940 –concuera con Alan Knight y otros historiadores que consideran el cardenismo como la última fase de la Revolución mexicana– y también en Brasil durante el Varguismo y en Argentina durante el Peronismo. Define lo revolucionario por la profundidad y rapidez del cambio social, no necesariamente por las vías en que se conduce, sean violentas o pacíficas, autoritarias o democráticas.

A partir de ahí, Rojas hace un retrato de los procesos revolucionarios y destaca que, aunque cada caso tiene características propias, se puede hablar de ideas comunes. Toma como ejemplo la cuestión de la reforma agraria, que es algo afín a casi todas las revoluciones, tanto en el rol económico que puede desempeñar un Estado, en el grado de control que ejerce sobre los recursos naturales o las fuentes energéticas, la alfabetización y las políticas educativas, entre otros.

El libro reconstruye la tradición revolucionaria y populista del siglo XX y su relación con la democracia, el autoritarismo y el totalitarismo, y replantea el saldo de ese legado desde un presente donde mayoritariamente predominan los regímenes democráticos en América Latina y el Caribe.

El concepto de revolución es inevitable e irremplazable para pensar la historia moderna de América Latina y el Caribe. Y no por lo que dijeran los líderes de uno u otro

proceso, sino por la transformación que se produjo en el orden social de cada país que experimentó una revolución.

El texto de Rojas, entre sus aportes destacables, introduce a la consideración de sus lectores dos conceptos arraigados en la literatura política latinoamericana y que dialogan en la mirada de Rafael Rojas con la revolución.

Al tomar el autor el primero de ellos, los populismos latinoamericanos, queda claro que les sucede como con las revoluciones. Con frecuencia son mecánicamente asociados al autoritarismo, pero lo cierto es que sus experiencias históricas han sido muy variadas. El Peronismo y el Varguismo, además de liderazgos personales fuertes, fueron constitucionales e institucionalizadores, como la Revolución mexicana. Pero el autor también plantea que en el siglo XX latinoamericano hubo populismos cívicos, como el gaitanista en Colombia o el chibasista en Cuba, que eran perfectamente democráticos. Y aunque nunca llegaron al poder, tuvieron una trayectoria opositora prolongada e influyente, que marcó la cultura política de ambos países a mediados del siglo XX.

El indigenismo, segundo de los conceptos incorporados, fue fundamental para la primera generación revolucionaria de los años veinte, especialmente, en México y Perú. Sin embargo, en las décadas siguientes, conforme las ideologías revolucionarias avanzaban hacia la industrialización y el desarrollismo por un lado, y el mestizaje y el nacionalismo por el otro, las ideas de la autonomía indígena y la propiedad comunal fueron perdiendo fuerza en la tradición revolucionaria. No hay rastros de indigenismo, por ejemplo, en el Che Guevara, que organizó una guerrilla en un país mayoritariamente indígena como Bolivia. Luego de Mariátegui se produjo un retroceso del indigenismo dentro del marxismo latinoamericano. Lo mismo podría decirse del antirracismo y la visión de los afrodescendientes en el Gran Caribe. Es a partir del levantamiento del EZLN

en Chiapas en 1994, que el concepto de “autonomía indígena” llega al centro de algunas ideologías de izquierda. Actualmente hay una pugna entre corrientes desarrollistas e indigenistas dentro de las izquierdas latinoamericanas, tal como hemos visto en los gobiernos de Rafael Correa y Evo Morales en Ecuador y Bolivia, y ahora mismo en México con Andrés Manuel López Obrador, en Perú con Pedro Castillo y en Chile con el nuevo gobierno de Gabriel Boric.

Hacia el final del libro, Rojas no considera las experiencias recientes del chavismo y el orteguismo como revoluciones. Los inscribe en la categoría de procesos autoritarios de izquierda, muy conscientes de que no son revolucionarios, y por eso mismo recurren con tanta vehemencia a la usura simbólica de la tradición revolucionaria latinoamericana. Lo mismo sucede en Cuba desde los años ochenta o noventa, por lo menos. El autor considera que la primera revolución latinoamericana que optó por la vía autoritaria, no totalitaria, fue la mexicana. El autoritarismo mexicano era presidencialista y priista, pero sin reelección, con autonomía de la sociedad civil y tolerancia de partidos de oposición como el PAN y los comunistas. Luego vendrían otras revoluciones más acordes a procesos democráticos, como la guatemalteca, la boliviana o la chilena. En la nicaragüense hubo un primer momento autoritario y luego una reorientación democrática, que se plasma en la muy pluralista Constitución de 1987, que propició la derrota electoral del sandinismo en 1990.

Algo que, en efecto, se desprende del libro es que el legado de las revoluciones latinoamericanas del siglo XX no es incompatible con la democracia. Lo es, sin duda, en aquellos pocos países cuyas élites gobernantes optan por modelos no democráticos. Y no es de extrañar que sean, justamente, sostiene Rojas, esos pocos gobiernos los más vehementes en la explotación de símbolos revolucionarios. Una explotación que, sigue

desarrollando el autor, conlleva la supresión de la diversidad intrínseca de cada proceso revolucionario.

Para concluir, creo que *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina* propone que la historia intelectual y política de estos acontecimientos del siglo XX sean estudiados como antídoto contra las simplificaciones y escamoteos de las viejas ideologías autoritarias.

### **Bibliografía**

Hobsbawm, Eric (2010). *Revolucionarios*. Barcelona: Crítica.

Knight, Alan (2015). *La revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mires, Fernando (1989). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.